

EL GRAN PERRET

DE RUMBA
POR LA VIDA



*Rogeli
Herrero*



LAROUSSE



1992

**BARCELONA
OLÍMPICA:
CRÓNICA DE
UNA NOCHE
MÁGICA**



¡Qué noche la de aquel día! Peret y la *troupe*
de Los Manolos liándola en Montjuïc.

Un largo camino

«À la ville de... *Barcelona!*». Estas palabras, pronunciadas el 17 de octubre de 1986 por el barcelonés Juan Antonio Samaranch, presidente del COI (Comité Olímpico Internacional), han quedado grabadas para siempre en la memoria de toda una generación, que vivió intensamente esos momentos.

Barcelona había logrado un sueño largamente deseado: organizar unos juegos olímpicos, los del año 1992, que acabarían por ser calificados como «*los mejores Juegos de la historia*».

Desde muy pronto resolví empezar el libro con este capítulo dedicado a Barcelona 92, porque fue la primera vez que coincidí profesionalmente con Peret.

Para mí fue una experiencia impagable. Los Manolos iniciábamos nuestra trayectoria profesional y la compartíamos en un gran acontecimiento con el maestro Peret.

Recuerdo esa ilusión compartida en toda la ciudad. Parecía que nos conociéramos todos los barceloneses, y que nos hubieran invitado a participar en una gran fiesta.

La designación tenía el resultado implícito de situar a Barcelona en el mapa del mundo. El alcalde y su equipo habían proyectado un plan de oportunidades para resolver las carencias y necesidades de la ciudad, y en él tenía cabida la posibilidad de presentar la candidatura de esta última como sede de unos juegos olímpicos.

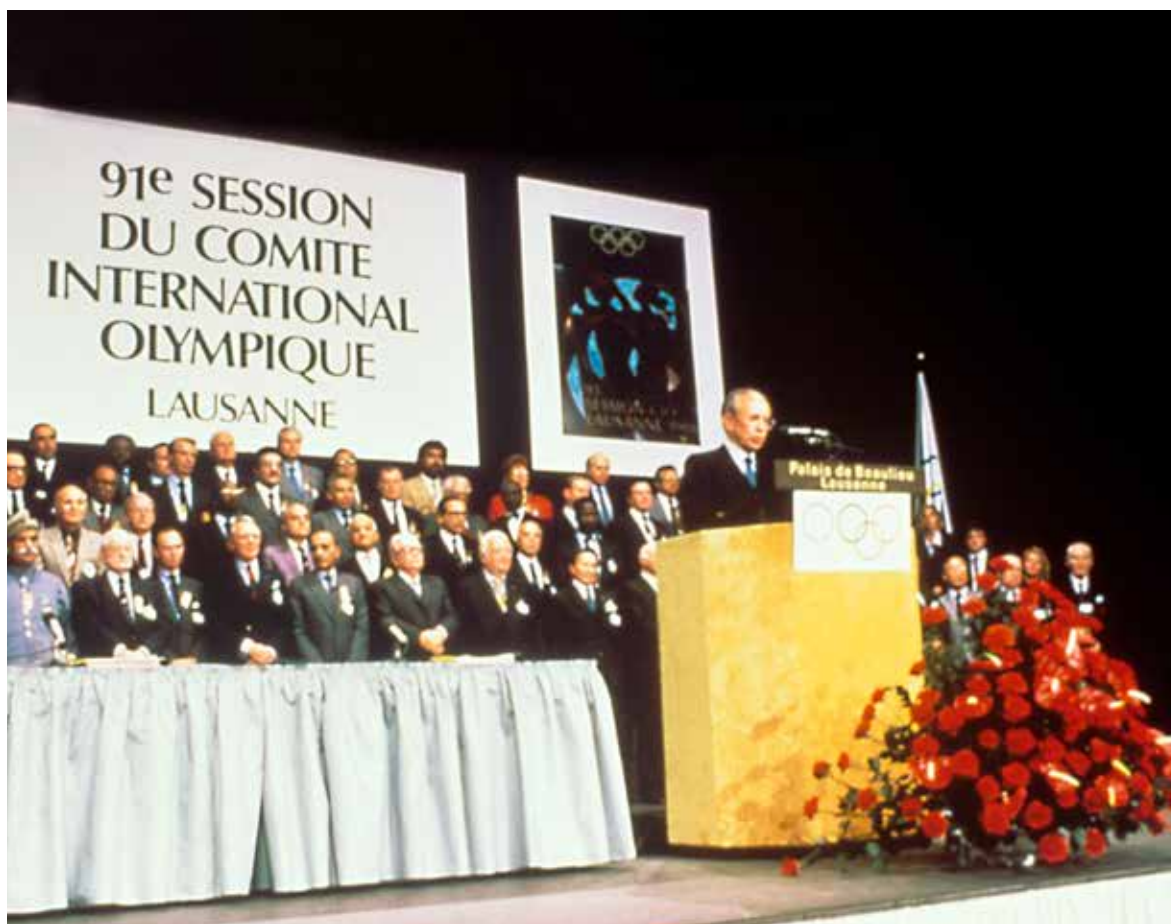
El Mundial de Fútbol de 1982 —el de Naranjito—, celebrado en España, fue un primer escaparate de la idea, que empezó a dibujarse en un primer informe



Carrera hacia la historia.
Sello conmemorativo de Barcelona 92 emitido por la Unión Soviética, última olimpiada en la que este país iba a participar (aunque ya —y por única vez— como Comunidad de Estados Independientes).

(el Report Cuyàs), entregado al COI en Lausana. A nivel técnico la candidatura era impecable, muy profesional, y la campaña de promoción extraordinaria, hasta el punto de que el proyecto, presentado

inicialmente por una pequeña élite, acabó por convertirse en patrimonio de todos los barceloneses. El movimiento de los voluntarios olímpicos daría sobrada prueba de ello.



Centro de convenciones de Beaulieu, en Lausana, el 17 de octubre de 1986: el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), Juan Antonio Samaranch, hace pública la designación de la sede los XXV Juegos Olímpicos de 1992: «*À la ville de... Barcelona!*».



- * Una voluntaria acompaña a una nadadora australiana en los Juegos Paralímpicos, celebrados en septiembre. La contribución de los miles de voluntarios en los sucesivos Juegos Olímpicos y Paralímpicos de 1992 fue básica para que llegaran a calificarse como «los mejores Juegos de la historia».

Los voluntarios

Los voluntarios son uno de los factores determinantes para el éxito de unas olimpiadas. En Barcelona, la organización pensó desde el primer momento en la implicación y colaboración del ciudadano de a pie.

Bajo el lema «Lo importante es participar. Hazte voluntario olímpico», la campaña de captación logró que se adhiriesen a ella más de cien mil personas.

La experiencia fue un éxito por el grado de implicación de todo el voluntariado, que tuvo mucha responsabilidad en el buen funcionamiento y el exitoso desarrollo de Barcelona 92.

Aún hoy, cuando coincidimos en actos de recuerdo de esos momentos, o en bolos, muchos voluntarios nos explican su implicación, y más de una lágrima se afana todavía por escaparse de sus ojos y rodar por sus mejillas mientras desgranar el relato. ¡Gracias a todo el voluntariado!

El concepto de las ceremonias

Para el equipo municipal, la apuesta olímpica era el motor que debería hacer posible el cambio y la transformación de Barcelona, tal como me explica Enric Truñó, concejal de Juventud, Deportes y Juegos Olímpicos en el período 1981-1991, y miembro del COOB (Comité Olímpico Organizador Barcelona 92): *«Barcelona necesitaba dinamizarse y enfrentarse al futuro, ya que la ciudad había vivido dos décadas de parón y falta de libertad, los 40 y los 50, y otra de desarrollo caótico y especulativo, los 60, mientras que los 70, finalmente, con la gran crisis económica que se vivió, fueron una década perdida en la que no pasó nada debido a que toda la atención estaba centrada en la Transición. Había muchas necesidades que afrontar,*

*y anhelos e ilusiones para hacerlo. La oportunidad que le generamos a la ciudad para repensarse, mirar lejos, movilizarse, generar nuevas dinámicas, hacer realidad las rondas, abrirse al mar... y, como decía Pasqual Maragall, “poner la ciudad en el mapa del mundo”».*¹

Pasqual Maragall tuvo la capacidad de convocar y saber escuchar a mucha gente, pero también de delegar, convirtiéndose así en la figura que sincretizó todo este universo de ideas, creatividad y propuestas. Según Truñó, *«Pasqual Maragall defiende una visión holística del proyecto, en el que los deportes y la cultura van de la mano. En este sentido, la Olimpiada Cultural y las ceremonias olímpicas se convierten en un excelente escaparate para dar a conocer nuestra cultura».*

Se constituyó una mesa permanente de seguimiento de los actos, y también del legado posterior, para los que se convocó un concurso. A este respecto, Lluís Bassat, publicista y coleccionista de arte, fundador de la agencia Ogilvy y presidente de Ovideo Bassat Sport, la productora que creó, gestionó y dirigió las ceremonias olímpicas, explica lo siguiente: *«Al final, de las siete propuestas presentadas quedaron dos, la de Ovideo TV y la de Bassat Sport».*

Ovideo TV, productora, entre otros, de Pepo Sol, Bigas Luna, Manuel Huerga y Cuqui Pons, y Bassat Sport, dirigida por Lluís Bassat y Josep M. Casanovas, convergieron en una única candidatura a petición de Josep Miquel Abad, presidente del



Barcelona '92



COOB. El resultado, la productora Ovideo Bassat Sport, fue un gran proyecto, muy profesional y creativo, que supo recoger y mostrar la riqueza, diversidad y pluralidad de Barcelona, Cataluña y España. Así me lo explicó Lluís Bassat: «Josep Miquel Abad nos encerró en el despacho a Pepo Sol y a mí. Nos dijo que teníamos que asociarnos: “Porque tenéis cada uno tres dieces, y no queremos prescindir de ninguno”.

A continuación nos comunicó el organigrama: “Lluís Bassat será el presidente, Pepo Sol el productor, Bigas Luna el director artístico y el gerente Carlos Iniesta”. Nos pusimos a trabajar. Había muchos puntos de coincidencia entre nuestras propuestas, empezando por el mar Mediterráneo, en un viaje desde Olimpia, en el siglo VII, hasta Barcelona, en 1992, y el fin de fiesta tenía que ser con rumba catalana».

Cuando Bigas Luna empezó a rodar *Jamón*, jamón dejó la dirección artística, y su relevo lo tomó el guionista, realizador y director de cine Manuel Huerga, que fue, en sus propias palabras, «el celador del guion».

El resultado final de las ceremonias contiene el espíritu de las palabras que pronunció Pasqual Maragall el día después de conseguir los Juegos: «Hoy es un gran día para Barcelona, y lo que es bueno para Barcelona es bueno para Cataluña, y lo que es bueno para Cataluña es bueno

para España». En ese momento parecía que la capacidad de iniciativa de Barcelona podía representar y simbolizar, dentro de la diversidad y el respeto, toda la singularidad cultural peninsular. «*Todos los actores institucionales debían sentirse representados en el corpus ceremonial. Tenían que estar presentes Barcelona, Cataluña, España y el Mediterráneo*» (M. Huerga).

El *briefing* de las ceremonias recogía con mucha claridad una serie de elementos que las diferenciaban de otras efemérides olímpicas. Josep Roca, mano derecha de Josep Miquel Abad en el COOB, lo explica así: «*Las premisas estaban claras, y pasaban por innovar respecto a las anteriores, primero desmarcándose de la marcialidad deportiva, la línea recta y la escuadra, para dar más importancia al color, las líneas curvas y la música. Tenían que ser muy humanas y participativas. Se tenía mucha conciencia de que lo que hiciéramos respondería a la idea de lo que sabíamos y podíamos hacer, es decir, ser conscientes de nuestras posibilidades y limitaciones. ¿Qué sabemos hacer nosotros? Fiestas. Las fiestas son nuestra carta de presentación: el verano, la fiesta, la noche... Toda la clausura se diseñó como una gran fiesta, reescenografiando tradiciones folklóricas populares como la sardana o los castellers en un contexto actual. Desde el primer momento se consideró la*



Decoración olímpica en Montjuïc. Tras un largo recorrido, la montaña iba a revelarse al mundo el 25 de julio de 1992.



«¿Qué sabemos hacer nosotros? Fiestas. Toda la clausura se diseñó como una gran fiesta»

(Josep Roca, COOB).

rumba como la protagonista de la fiesta. En la fiesta final tenían que participar los atletas, y la rumba daba el máximo juego. La rumba era Barcelona».

Bassat y Huerga coinciden en que a la música le correspondía un papel fundamental en ambas ceremonias: «La música desempeñaba un papel crucial. Si hubiera sido inglés, habría propuesto a los Beatles o los Rolling Stones, o a Bruce Springsteen, de haber sido norteamericano. Me di cuenta de que en la ópera había un cartel de figuras reconocidas en el mundo entero que tenían que asumir ese papel. Le ofrecí a Josep Carreras que fuera el director musical, y debo decir que, en vista de cómo se comprometió con el encargo, fue un gran acierto» (L. Bassat).

Un vistazo a la lista de participantes permite observar un abanico muy amplio, representativo de una gran diversidad, desde la ópera al flamenco, pasando por la *cobla*, el canto coral, las bandas sonoras y la rumba catalana.

Los equipos de Ovideo Bassat Sport diseñaron un espectáculo excelso. El resultado final fue espectacular, aunque se perdieran muy buenas ideas por

el camino. «Se desestimaron ideas de Bigas Luna como la de hacer una paella gigante en la que los voluntarios se disfrazaban de grano de arroz, tomate, gamba... Y luego, desde el aire, un helicóptero les tiraba la sal. Otra era soltar un toro en el Estadio, y que se le posara una paloma blanca en la cabeza» (L. Bassat). «Se descartaron otras propuestas, como la de Lluís Pasqual, que quería representar un poema de Federico García Lorca, El amargo, entre un latifundista y un jornalero, papeles que debían representar Miguel Bosé y Antonio Banderas» (M. Huerga).

Otro tanto pasó con la música, y con los posibles candidatos a formar parte del cartel de la clausura. Josep Mas Kitflus —músico, compositor y productor procedente de la cantera de la Ona Laietana (ver pág. 137), integrante de grupos como Iceberg y Pegasus y acompañante y productor de Joan Manuel Serrat, Moncho, Peret y Los Manolos, entre otros—, Manuel Huerga y Lluís Bassat explican así algunas alternativas que tampoco llegaron a buen puerto: «En Seúl compuse la música de la ceremonia de entrega de la bandera en el año 92. Fui con Joan Sorribes y Rafael Moll a ver a los Gipsy Kings en Montpellier, con la intención de grabar algo. Ahí descubrí el porqué de su sonido. Hay tres guitarristas

zurdos que tocan sin cambiar las cuerdas, con los acordes invertidos, y esta sonoridad los singulariza. El día de la cita no acudió el cantante [de hecho, el grupo había sufrido una escisión] Dadas estas circunstancias, la organización descartó esa posibilidad por falta de confianza en el compromiso del grupo».

También se descartó la posible participación de Camarón de la Isla, como explica el propio Huerga: «Fuimos a verlo a Cádiz. Llegamos a primera hora de la tarde y le esperamos

hasta el anochecer. También había un equipo de televisión de Canal Sur que iba a grabarlo. Nos atendió primero a nosotros, con mucha cordialidad. Luego dejó nuestra conversación a medias para grabar un tema con la tele. Para nuestra sorpresa no pudo grabar, porque en ese momento no se encontraba a gusto para cantar. Ya no retomamos la conversación. Al volver a Barcelona, y comentárselo a la comisión gestora, se decidió no contar con él para evitar la misma situación en una ceremonia en directo».



Peret en julio de 1992, listo para hacer vibrar en la ceremonia de clausura de los Juegos.

¡Qué noche la de aquel día!

Esa noche mágica del 9 de agosto de 1992 me acompañará toda la vida.

Había llegado el día D. Lejos quedaba ya ese mes de enero del mismo año en el que desde ANEXA —nuestra oficina de management de entonces— nos citaron a una reunión importante. Acabábamos de hacer una gira monumental durante todo 1991, y estábamos trabajando en nuestro siguiente proyecto discográfico.

Cuando nos comunicaron que en el COOB habían pensado en nosotros para participar junto a Peret y Los Amaya en la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos no nos lo creíamos del todo. ¡Fue un *flash*!

Actuar con Peret y Los Amaya en un acto tan esperado y celebrado por todos en nuestra ciudad fue una gran sorpresa. «*Si tú no tienes felicidad, de sabio no tienes “ná”*», cantaba la orquesta de Tito Rodríguez, y compartir escenario con Peret me hacía muy feliz, además de algo más sabio. Tenía la oportunidad de actuar junto a uno de mis referentes musicales, un artista y una persona que distaba mucho de serme desconocida, ya que su universo sonoro formaba parte de mis primeras memorias emocionales, las de mi infancia y mi entorno familiar.

La idea de juntar en el escenario a tres generaciones de rumberos, payos y gitanos respondía a la idea transversal de los ideólogos de los Juegos de sumar sinergias y simbolizar la diversidad. Cuqui Pons, productor televisivo y artístico de las ceremonias, lo explica así: «*Teníamos claro mostrar la realidad de la rumba de esos momentos. La rumba histórica representada por Peret y Los Amaya y la rumba del presente que significabais vosotros. Peret tuvo el protagonismo que se merecía. Tenía la gran virtud de hacerte sentir importante, era un gran líder*».

La organización daba visibilidad —se calcula que la audiencia potencial del acto aglutinaba a más de tres mil millones de televidentes en el mundo entero— a uno de nuestros géneros más populares y representativos: la rumba catalana.

Se aspiraba a una despedida digna y representativa de nuestra cultura mediterránea. La música en la calle, en el barrio, para cantar, para bailar, coral, participativa y, por encima de todo, festiva, para celebrar la vida.

Pero vayamos por partes. De esa primera reunión con nuestro mánager surgió el firme compromiso por parte de todos de mantener en secreto la confidencia de ese día —solo lo dijimos a nuestras familias!—. Era una de las exigencias protocolarias del comité organizador de los Juegos, y tenía su lógica. Posteriormente, cuando se comunicó de manera oficial, nos hizo muy felices poder explicárselo personalmente a nuestros amigos y compañeros de trabajo.



«De la misma manera que yo llevo grabado a fuego en la frente la palabra Borriquito, pensad que vosotros también lleváis grabado a fuego All My Loving»

(Peret a Los Manolos, en uno de los ensayos para preparar la clausura de los Juegos).

A lo largo de esos ocho meses grabamos nuestro segundo LP, *Dulce veneno*. Participamos simultáneamente en programas de televisión y varios conciertos, y por último nos embarcamos en los bolos del verano del 92. Al acercarse la fecha, participamos en varios ensayos, así como en la preparación y puesta en escena de la fiesta rumbera de la clausura.

En esos ensayos vimos la categoría artística y el magnetismo de Peret. En el escenario se le veía seguro, dominando la situación. Y fue esa la primera vez en que empezaron a cruzarse los caminos de Peret y Los Manolos, tanto a nivel personal como profesional.

Durante un descanso en los ensayos nos juntamos para tomar un pisolabis, y entre las múltiples conversaciones que cruzamos unos y otros, comentando cómo iban las pruebas, cómo llegaba el sonido, las posiciones en el escenario, lo típico entre músicos en esas situaciones, Peret nos dijo: *«De la misma manera que yo llevo grabado a fuego en la frente la palabra Borriquito, pensad que vosotros también lleváis grabado a fuego All My Loving*

[más adelante nos dijo lo mismo sobre Amigos para siempre], y en cierto modo posiblemente sea una de las razones por las que estamos aquí».

Y siguió diciendo Peret, tal como me recuerda Andreu Hernández, compañero de Los Manolos: *«El éxito es como ir dando capas de pintura sobre una misma tela, una encima de la otra, cuando ya está bien fijada la anterior».*

El reconocimiento del público abre puertas con frecuencia insospechadas. En cierto modo, y sin ninguna pretensión de compararnos con la obra y los éxitos de la carrera de Peret, compartíamos con él uno de los intangibles de la música: el favor de la gente.

Ramon Grau, miembro también de Los Manolos, me recuerda lo que nos dijo Peret en otro ensayo sobre la ceremonia: *«Tened en cuenta que las olimpiadas son un gran programa de televisión. No hay que mirar al público que esté en el Estadio [de Montjuïc], sino a las cámaras, que es por donde os verá más gente».*

Recuerdo que ese verano, en el calendario de la cocina de mi casa, el 9 de agosto estaba marcado como día de bolo en Barcelona: «Clausura Juegos Olímpicos». Teníamos a tope la agenda de conciertos, por lo que en su momento no acabamos de ser conscientes de la trascendencia de ese acto: iera un bolo más en la agenda! Después sí que nos dimos cuenta de lo que significó.

La organización nos citó a todos los músicos en el hotel Cóndor NH de Barcelona, en el número 27 de la Via Augusta. En una de las salas habilitadas para la recepción de artistas había mucha gente, y también mucho alboroto, por la tensión previa al bolo. Conforme llegábamos se nos acreditaba, y nos saludábamos con todos los que en pocas horas compartirían escenario con nosotros.

Peret parecía el más tranquilo de todos. Con razón dicen que la experiencia es un grado. Había un *concert manager* a quien se había encomendado la misión de llevar a los artistas al Estadio. A la hora convenida subimos al autocar, tras cargar instrumentos y maletas con el equipaje para varios días, ya que el siguiente nosotros continuábamos la ruta.

Hablando de instrumentos, Dani Salvat Pubill, nieto de Peret, me recuerda una anécdota sobre la guitarra de Peret el día de la clausura: «*Mi primera guitarra era de tamaño cadete, y fue la que usó mi abuelo en la clausura de los JJOO de Barcelona 92. Era lo que necesitaba, una guitarra pequeña que no pesara mucho, para hacerla*

volar y bailar». El recuerdo lo redondea así Joan Ximénez *Petit*, percussionista e hijo de Ramon Ximénez *Huesos* —uno de los primeros palmeros de Peret—: «*La guitarra de Peret en la clausura olímpica era de cadete! Pero no acaba aquí la historia de ese instrumento. Más adelante llamaron de un programa de televisión que presentaba Isabel Gemio y le pidieron a Peret algún objeto personal para celebrar una subasta con fines benéficos. Primero querían dar una camisa, pero al final se acordaron de la guitarrita y la mandaron. El día de la emisión del programa estábamos todos pendientes. Cuando empezó a licitarse la subasta, vimos con sorpresa que el valor de la guitarra iba aumentando hasta que acabaron tasándola ien quinientas mil pesetas! Y me dijo Peret, riéndose: “Si llego a saberlo no doy la guitarra”*».

La llegada al Estadio me hizo pensar en cómo debían sentirse los gladiadores en el antiguo Coliseo romano en la previa de unos juegos dedicados a Saturno. Al bajar del autocar, el rumor, la música y el griterío parecían efectivamente los de una celebración pagana. Esta sensación se acentuó al acceder a las entrañas del Estadio, a toda una serie de pasillos que llevaban a los vestuarios usados como camerinos.

Nos asignaron un camerino por grupo. Una vez instalados fuimos a maquillarnos, a la peluquería, a visitar a los demás... Hubo incluso un picoteo para los que aún tenían hambre, a pesar de los nervios del momento. En los ensayos, Los Amaya se habían comprometido a llevar una botella

de whisky etiqueta negra de quince años, y cumplieron su palabra. Cuando le recuerdo a Pepe Amaya lo que nos decía entonces su hermano Delfín, los dos nos reímos: *«Mi hermano me quiere matar, me hace cantar con su tono, que es tan alto que no puedo más»*. El propio Pepe rememora la anécdota del whisky: *«Sí, hombre, claro que la tengo presente, la trajimos para celebrar la efeméride; es más, yo antes de salir necesito un trago para calentar la voz, ¡y si es bourbon mejor!»*. Así que antes de salir todos pudimos «calentar» la voz.

Peret iba dándonos consejos e indicaciones para rebajar la tensión previa al bolo. Se acercaba la hora H, y nos fuimos cambiando para salir bien guapos a la actuación. La elegancia de la rumba se ponía de manifiesto entre el negro sobrio y ceremonial de Peret y familia y Los Amaya, y los colores de los trajes manoleros.

A la hora estipulada, el equipo de producción nos llevó en fila hacia el escenario situado a los pies del histórico reloj del Estadio. Subimos por tandas en el ascensor y fuimos situándonos detrás de una cortina negra. El barullo era ensordecedor.

Abrimos un poco la cortina, por curiosidad, y... ¡oh, sorpresa! Así lo recuerda Toni Pelegrín, miembro de Los Manolos: *«El momento en que estábamos detrás de la cortina, esperando a bajar, con la incógnita de cómo sería todo, es como si estuviéramos viéndolo a través de un agujero, todos en fila, esperando a salir. El escenario estaba*

lleno de gente. Desconcertados y sin saber qué hacer, si teníamos que salir o no».

Los atletas iban invadiendo progresivamente el escenario. A pesar de todo, la ceremonia no se detenía, y empezaron a sonar las notas iniciales de la actuación conjunta. Entonces dijo Peret: *«Voy a salir, a ver qué pasa...»*. Cruzó la cortina, empezó a bajar al escenario y todos los demás, casi instintivamente, hicimos lo mismo y le seguimos.

De pronto nos vimos rodeados por una multitud con muchas ganas de fiesta. Xavi Calero, miembro de Los Manolos, lo recuerda así: *«En esos momentos pensamos que se iba todo al garete, todas las horas dedicadas a los ensayos, las posiciones, pero intentamos hacer lo que estaba planeado. Recuerdo que me encontré solo en mi posición, rodeado de atletas. Recuerdo especialmente a dos representantes norteamericanas que me impresionaron, y que a su lado estaba el nadador español López Zubero con una botella de whisky... Entonces pienso: “Esto se ha acabado, no podemos hacer nada”, y miro hacia atrás. Peret, Los Amaya y los compañeros ya se habían situado sobre la gradería de cemento»*.

A partir de ese momento, gracias a la magnífica realización televisiva de Manuel Huerga, todo el mundo recuerda lo que acabó sucediendo. A pesar de que la propia alegría y las ganas de participar de los atletas, con la invasión del escenario, cambiaron el curso de tantos ensayos previos, se retomó lo que estaba previsto,

pero con grandes dosis de improvisación, muy propias de la fiesta y la juerga rumbera. Recuerda el realizador: *«La anécdota de la invasión del escenario por los atletas tiene un lado positivo, y es que vosotros generasteis una energía, una alegría y una fiesta en el Estadio que nunca se habían visto en una ceremonia olímpica: un desmadre. Nunca se había producido, ni se producirá, nada tan espontáneo entre público, atletas y artistas. Con ganas de celebrar juntos que había salido todo tan bien. Conseguisteis levantar al público y a los atletas, que no pudieron contener el impulso de sumarse a la fiesta. Más allá del peligro que podría comportar la invasión del escenario, significa la mejor muestra de alegría y felicidad que se puede expresar».*

Josep Roca, director de las ceremonias, considera este hecho como un error de previsión: *«Cuando se invitó a participar a los atletas que estaban sentados en el Estadio, el único sitio por donde no teníamos previsto que bajaran al césped era por el escenario. Una vez ahí se quedaron y empezaron a saltar. Suerte tuvimos de los avisos y esfuerzos que se hicieron por megafonía; inolvidables, en este sentido, Tino Romero e Inka Martí: “Atletas, bajen del escenario”. Aparte de eso, teníamos un grupo de la policía, vestidos de voluntarios, que fueron invitándolos con mucho cuidado a bajar al césped. Pasé momentos de verdadera angustia, pendiente de si aguantaría el escenario o no».*

Nosotros también, como recuerda mi hermano Joan, miembro de Los Manolos: *«En los ensayos habíamos visto que se abría el escenario y que dentro había un entramado de vigas dispuestas en formas de aspas. En ese momento nos hizo pensar lo peor. Durante los primeros momentos de desconcierto, Peret nos conminó a que subiéramos todos a una de las gradas de cemento que quedaban justo por encima del escenario de madera; si mal no recuerdo, hay una foto donde salimos todos en batería».*

Una vez terminada la ceremonia, mientras nos recuperábamos del subidón del momento, todo eran comentarios sobre lo que habíamos vivido y sobre lo bien que lo estaban pasando los atletas, que después de quince días de concentración y esfuerzo se habían dejado ir por completo.

Nos despedimos de Peret y el resto. No tuvimos tiempo para más; nuestro autocar venía a recogernos a las puertas del Estadio para seguir de bolo el día siguiente en León.

La última anécdota de esa noche fue en la autopista. Nos habíamos parado en el área de servicio Porta de Barcelona para comprar agua y provisiones para el viaje. Ahí coincidimos con miembros de seguridad de la Guardia Civil llegados de todo el Estado como refuerzo para la cita olímpica. Pues bien, cuando nos poníamos de nuevo en ruta, los coches y furgonetas policiales que nos escoltaron momentáneamente encendieron las sirenas y las luces azules, y hasta algún megáfono: *«¡Hasta la vista, Manolos!».*

El himno olímpico: «Amigos para siempre»

El COI tenía muy clara la necesidad de una canción que representara las Olimpiadas de Barcelona 92. Conversando conmigo, Manuel Huerga y Lluís Bassat explican así la génesis de la canción *Amigos para siempre* / *Friends for Life*. Dice Bassat: «No fue una decisión fácil, y se descartaron un par de opciones antes de llegar a la decisión definitiva. La primera idea fue encargarle un tema a Ennio Morricone [famoso compositor de bandas sonoras, como la de *Cinema Paradiso*]. Me encontré con él hasta tres veces en su casa de Roma. Eran reuniones creativas y artísticas. Se descartó su participación porque las condiciones económicas que pedía lo ponían fuera de nuestro alcance. Angelo Badalamenti [autor también de célebres BSO, como la de la serie *Twin Peaks*] ya trabajaba para nosotros, al igual que Ryuichi Sakamoto, y ya había compuesto The Torch Theme (The Flaming Arrow), así que le propusimos la composición del tema. Escribió uno con letra de David Lynch, cantado por Julee Cruise [también habitual de las películas de Lynch], pero a los miembros gestores del COOB no les gustó; la encontraban demasiado triste».

Y sigue así Bassat: «Finalmente, por mediación de Josep Carreras, como director musical del proyecto, nos pusimos en contacto con Andrew Lloyd Webber [compositor de éxitos del teatro musical como *Cats* o *Evita*]. Fuimos a Londres. Nos cantó y tocó la canción al piano, con letra de una agencia de publicidad, y a nuestra delegación le gustó. Más allá de resolver los derechos derivados del tema, hubo una serie de condiciones en las que se pusieron de acuerdo las diversas partes implicadas, entre ellas que la cantaran Josep Carreras y Sarah Brightman, una expareja de Lloyd Webber».

Y Huerga lo remata así: «La versión en rumba de *Amigos para siempre* es la canción por la que se recuerdan los Juegos Olímpicos de Barcelona. Es fantástico, porque, a pesar de que no se interpretó en ninguna de las ceremonias, es la canción con la que recuerda todo el mundo Barcelona 92».

Esta última afirmación de Manuel Huerga saca a relucir una de las leyendas urbanas que circulan sobre la canción *Amigos para siempre*. Efectivamente, cuando participamos en la ceremonia de clausura no la cantamos, aunque en el recuerdo de tanta gente haya quedado lo contrario. Ya la habíamos grabado, pero no la interpretamos en directo hasta la ceremonia de clausura de los Juegos Paralímpicos. Posteriormente también la cantamos en la clausura de los Special Games.

Esta canción, que nos singulariza como grupo, simboliza uno de los intangibles de la música: la magia. Como canta Jorge Drexler,

«y a dónde van las canciones que soltamos en el viento, llevando a qué corazones, quién sabe qué sentimientos». Las canciones tienen vida propia; emprenden el vuelo y aterrizan donde quieren ellas. Con *Amigos para siempre* hemos tenido la gran suerte de formar parte del imaginario colectivo de más de una generación, y ser su banda sonora es un regalo de la diosa Fortuna.

Esa noche no cantamos nuestra versión del himno olímpico. Cantamos *Gitana hechicera*, con Peret y Los Amaya, en un *medley* de éxitos de cada uno. En este sentido, pregunto a Manuel Huerga y a Josep Roca por qué no fue *Gitana hechicera* el tema representativo de Barcelona 92, y esto es lo que me explican: «*Recuerdo reuniones con Peret en las que nos enseñaba la letra de Gitana hechicera, y cómo iba revisando continuamente la estructura, la rima...*» (M. Huerga). «*Gitana hechicera no llegó a ser el himno olímpico porque en esos momentos aún no estaba agendada. Posiblemente aún no estuviera del todo terminada*» (J. Roca).

En cualquier caso, no cabe duda de que *Gitana hechicera* es otra canción que nos lleva inevitablemente a esos momentos. La grabación del tema por Peret, según me explica el técnico de sonido Joan Sorribes, fue toda una epopeya de tiempo y variaciones en torno a la misma canción (que es una recreación de un tema del propio Peret, de su época evangélica, titulado *Cristo tiene poder*). Sorribes explica así el proceso de grabación del tema: «*Gitana hechicera tiene el récord Guinness de horas*

de estudio para grabar una canción: ¡485 horas! La razón es que Peret nunca quedaba del todo satisfecho con lo que se había hecho. Después de toda una semana grabando, el lunes, al reanudar nuestro trabajo, solíamos escuchar con Peret cómo había quedado, y la conclusión siempre era la misma: “Bórralo todo, que no sirve para nada”. Y así estuvimos muchas horas, volviendo a empezar casi de cero. Como buen artista, Peret tenía muy claro lo que quería.

Con el paso del tiempo te das cuenta de que participamos en una noche mágica, vivida además, a nivel personal, con el orgullo y la satisfacción que supuso representar el sonido de la ciudad compartiendo escenario con Peret y Los Amaya en nombre de toda la familia musical y rumbera.

Siempre nos quedará la última imagen de la ceremonia: la despedida de Cobi navegando hacia el infinito mientras movía las caderas al compás de rumba catalana. A pesar de que cerca de Arenys Mar se quedó sin viento de garbí y naufragó.

La peseta de oro

La participación de todos los artistas, músicos y compositores en las ceremonias no fue remunerada. Todos los presentes

lo estaban por deseo expreso de colaborar en el acto, muy en sintonía con el espíritu de generosidad que caracterizó tanto la génesis como el desarrollo de los JJOO por parte de todos los agentes integrantes del acontecimiento.

Al llegar a su fin los fastos olímpicos, la organización obsequió a todos los participantes con una peseta de oro que, como recordaba Peret, «no tenía un valor prosaico, sino más bien simbólico, y como muestra de agradecimiento por haber participado en ese acto único. Cuando me

*tocó a mí le dije a Maragall, antes de que hablase: “No cuenta el valor material, ya lo sé, ya lo sé, pero mira a Los Manolos, son diez, y Los Amaya dos, y solo les habéis dado una peseta a cada grupo. O sea, que no cuenta el valor material, pero una pela es una pela, ¿verdad? Se oyeron risas generalizadas, y Maragall reaccionó con buen sentido del humor».*²

Nadie podía decirlo mejor que Peret. Esa injusticia simbólica podía denunciarse más alto, pero no más claro. No sé dónde ha acabado con el tiempo nuestra peseta...



* 15 de septiembre de 1992, último acto: el alcalde Barcelona, Pasqual Maragall, entrega a Peret la peseta de oro (anverso de la moneda, a la derecha) que se concedió a los artistas, profesionales y entidades en reconocimiento por su participación en las ceremonias inaugurales y de clausura de aquellos Juegos Olímpicos y Paralímpicos. Peret reparó con guasa en que se entregó una moneda por participante, fuera este una sola persona o un conjunto de ellas... Y es que «¡la pela es la pela!».



Greetings from Barcelona!.

En la página siguiente, el pebetero (¿qué era un pebetero antes del 92?) encendido. Junto a estas líneas, entrada del autor para uno de los ensayos de la ceremonia de clausura de los Juegos. Debajo, Peret y Los Manolos la noche mágica: sobre una grada de cemento, en batería; y en el escenario desbordado por los alegres atletas. ¡Que siga la fiesta!



